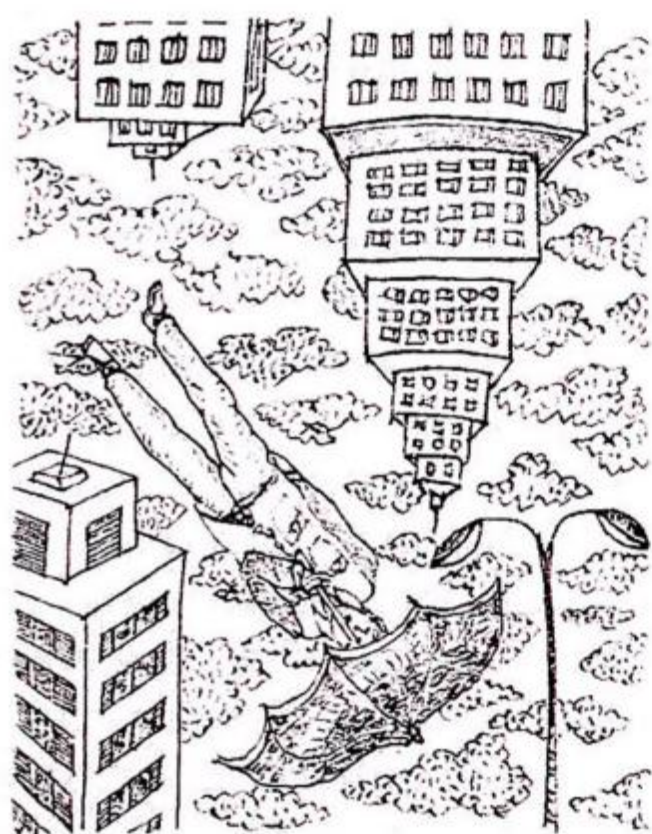


De ahí que no dejen de molestar los lugares comunes que no permiten elaborar un plano consciente de lo ocurrido. ¿Cuántos asistentes? ¿Tocaron todos los grupos citados por los relatores, o posiblemente fueron los mismos músicos en alineaciones diferentes —cambio de camisetas— que hicieron creer la variedad supraterritorial del evento? ¿Hubo o no muertos? ¿Fue o no un negocio desde el punto de vista capitalista? ¿Cuál fue el verdadero papel de los “mamertos” de la Juco?



Este último punto es quizá uno de los más interesantes de abordar: autenticidad, manipulación social, reproducción. ¿Qué ha significado el conjunto de los géneros de la música moderna en la cultura colombiana? ¿Cuál es su relación con la violencia, con la identidad, con la movilización social y política? ¿Permanecen las cosas iguales que hace treinta años? El único intento que aparece insinuado sobre ese particular en la compilación es el de Jorge Giraldo, que forma parte de un trabajo pionero de 1997³.

¿Amnesia o hipnosis colectivas? ¿Grandes embustes? Lo que hace de los festivales de música moderna fenómenos socioculturales inenarrables e indescritibles es precisamente su teatralidad, su carácter emocionalmente extremo, su pulso acelerado, su relativización del estado del alma humana, independientemente de las substancias. Nadie —ni siquiera sus carismáticos

promotores— los puede cabalmente describir, así como nadie los podrá convertir en instrumento de gobernabilidad, aunque ingresen al presupuesto de “pan y circo” de las industrias multiculturalistas. Solamente metiéndose desprevenidamente en el centro de ellos cada quien se puede aproximar a una construcción imaginativa, por fuera de la cual quedan las representaciones externas, y los intentos periodísticos. Sin saber aún si habrá espacio para una construcción teórica. De ello da cuenta parcialmente el libro de Caro y Bueno.

JOSÉ ERNESTO RAMÍREZ

1. Bueno Osorio afirma que uno de los artífices de Ancón incineró más de cuatrocientas fotos, transparencias, afiches y otros materiales entregados en 1973, cuando surgió la idea del libro. No mejor suerte corrieron grabaciones en superocho, 16 y 35 mm que nunca han sido recuperadas. La banda sonora nunca fue tampoco editada.
2. En todas las referencias a la programación de las bandas aparecen más de treinta nombres de grupos distintos (páginas 22, 67, 118, 133, 135, 136, 142), pero en el otro extremo pudo ocurrir que cada canción supuso la conformación de grupos que, como sugirió Patricia Nieto en 1993, “ni siquiera se recuerdan los nombres, porque nacieron con una canción y murieron con ella”.
3. Corporación Región, *Medellín en vivo: la historia del rock*, Medellín, Corporación Región, 1997.

Cristo Hoyos y la madre Caribe

Tambucos, ceretas y cafongos

Cristo Hoyos

Ediciones Gamma, Bogotá, 2002, 97 págs., il.

Para un historiador económico la forma casi instintiva de acercarse a la magnífica obra de Cristo Hoyos *Tambucos, ceretas y cafongos. Recipientes, soportes y empaques del antiguo departamento de Bolívar* es a través de sus contribuciones al estudio de la vida material de los ha-

bitantes del Caribe colombiano, tanto en el pasado como en la actualidad. Es más: a lo largo del texto hay una plena conciencia de la contribución que se hace al respecto. Su autor resalta que al estudiar las distintas manifestaciones populares de los objetos usados para solucionar las necesidades de empaquetar, transportar o proteger los alimentos, bebidas y personas:

...encontramos ejemplos de un pasado no olvidado, de una cultura viva: un quiosco de palma, una mecedora de madera tejida en paja, una hamaca de algodón...

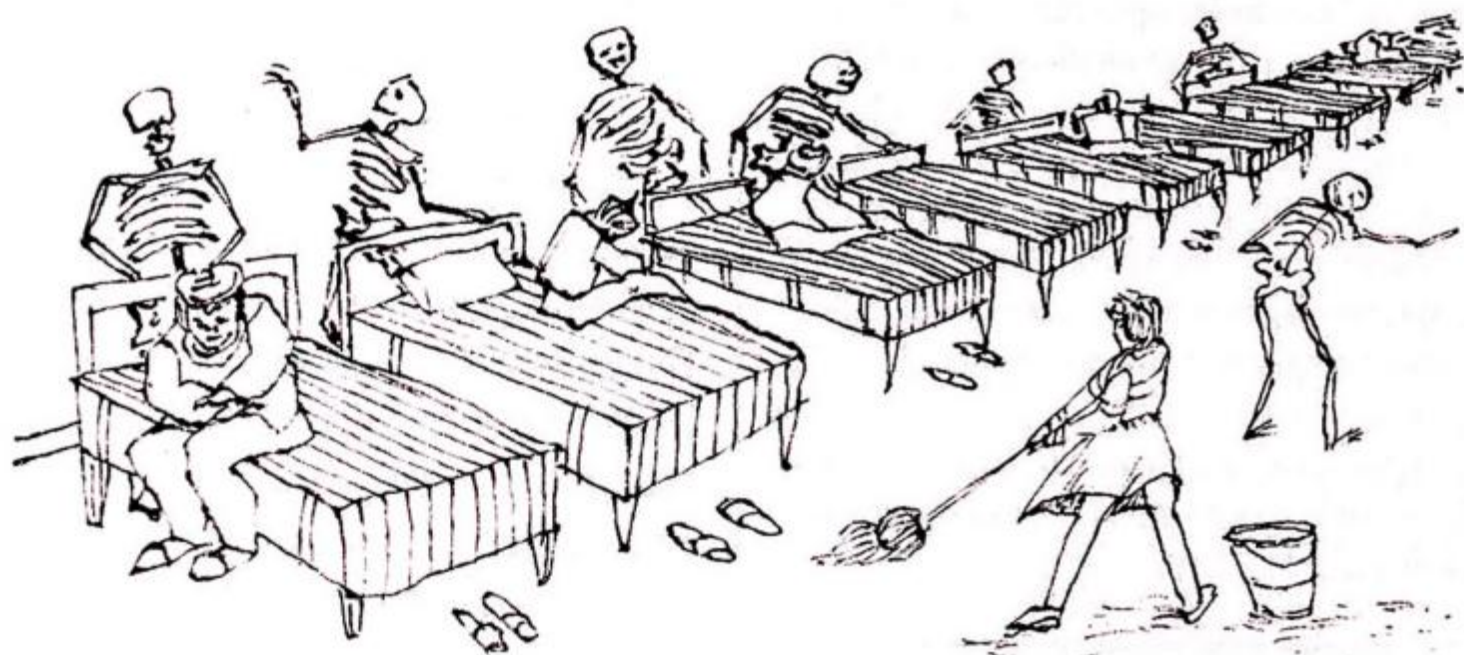
Dada la claridad que tiene Cristo Hoyos de que muchos de los sencillos objetos materiales que él estudió nos conectan con tradiciones y usos milenarios del Caribe colombiano, me llama la atención que sólo se refiera en forma más o menos marginal a la tradición alfarera prehispánica. Cabría resaltar, para darle aún más razón a Cristo Hoyos, que hace unos cuatro mil años antes de nuestra era, en sitios como Puerto Hormiga, Monsú y San Jacinto, de acuerdo con los trabajos de arqueólogos como Gerardo Reichel-Dolmatoff y Augusto Oyuela, los habitantes del Caribe colombiano fabricaban recipientes de cerámica que hoy se consideran entre los más antiguos de toda la América. Son precisamente los descendientes de esos alfareros los que aparecen en varias de las fotografías hechas por Cristo Hoyos a los habitantes de las zonas rurales de la costa. Son manos que vienen de las mismas manos que generación tras generación han moldeado el barro, torcido la paja, trenzado canastos, cortado la madera, tejido el fique, las que hicieron los objetos que aparecen en los dibujos de esta obra.

Quiero ser muy claro en que desde hace unos pocos meses, cuando Cristo Hoyos presentó los resultados de la investigación que realizó con la beca Héctor Rojas Herazo que le otorgaron el Ministerio de Cultura y el Observatorio del Caribe, su obra me cautivó por ser sobre todo una

invitación al goce sensorial. Por eso, no creo que aproximarse a ella con la actitud analítica de un científico social sea la que lleve a una "lectura" más provechosa.

Este trabajo nos agarra, como el amor, por los cinco sentidos. Es una exaltación de las costumbres y objetos para meter, sostener, empacar bollos limpios, casabes, cafongos, hallacas, quesos, agua, espejuelos, cocadas, utensilios, niños, en las llanuras de lo que fue la antigua Provincia de Cartagena.

Abrir el empaque que contiene el libro y las veintitrés ilustraciones es comulgar con quienes durante milenios han realizado el ritual de abrir los alimentos envueltos en hojas de bijao. Su textura rugosa, el color, el ruido que hace la hoja entre nuestros dedos, la boca que se nos agua anticipando el sabor de la clorofila impregnado en el bollo, y el olor del maíz cocinado, todo se revive al ir deshojando este recipiente.



Las ilustraciones, las fotografías, la investigación impecable y el texto austero, sin pretensiones eruditas o histriónicas, no hacen sino resaltar la dignidad de las mujeres y hombres que habitan las veredas, haciendas, fincas, rozas, caseríos y pueblos de las llanuras caribeñas.

Lo que logra con su obra Cristo Hoyos es ayudarnos para que nos podamos querer más a nosotros mismos. Que esto se haya logrado con los auspicios del Observatorio del Caribe no es un hecho fortuito: ninguna entidad ha hecho más en el último quinquenio para dignificar la cultura de los habitantes de nuestra costa.

Pero sobre todo quiero darle las gracias a Cristo Hoyos por el placer que nos ha dado con su obra.

ADOLFO MEISEL ROCA

Lo bueno, lo malo... y lo mexicano

La América real y la América mágica a través de su literatura

Mercedes Suárez

Instituto Caro y Cuervo y Universidad de Salamanca, 2.^a ed., Bogotá, 2000, 452 págs.

Una antología de textos puede tener una de varias funciones, uno de varios motivos: puede querer asombrar al lector; puede aspirar a ilustrarlo; puede querer mostrar un

mapa representativo de una época, de uno o varios estilos, de una o varias escuelas, de uno o de varios países. En el caso presente, si no me equivoco, quiere ser representativa de la sociología de un continente a través de su literatura...

Esa, la intención. El resultado difícilmente podría resultar menos logrado. Esta antología temática quizá sea buena para la socioantropología, pero lo que es claro es que resulta muy pobre para la literatura. Porque hasta las buenas lecturas pierden su salsa en este enfadoso libro. Digamos que una obra que me gusta mucho, *Los pasos perdidos* de Carpentier, —que, a propósito, como novela de

la selva, junto con la de José Eustasio Rivera, supera con mucho, a mi entender, a la tan cacareada *Casa verde* de Vargas Llosa—, resulta ser una lectura deshilvanada y absurda dentro de este contexto, y eso por no hablar de ausencia de contexto. Simplemente no se entiende qué es lo que se quiere demostrar. Ignoro qué quieren decir estos textos abrumadores, o qué quieren probar, aunque sospecho que, si de lo que se trata es de que sean representativos de lo que somos los latinoamericanos, por ahí ya nos vamos entendiendo: mediocres, llenos de altibajos, una mezcla informe entre lo bueno, lo malo y lo mexicano, una muestra más, por si hiciera falta, de que nuestra pobreza no es solamente material sino también espiritual.

La autora es mexicana, a juzgar por el hecho de haber privilegiado tantos mediocres textos mexicanos. De patética manera llega a arruinarse la muestra incluso en casos de escritores tan interesantes como Juan José Arreola. La autora nos presenta siempre lo más "americano", lo más lleno de terminología "nativa", "vernácula", "castiza", "indigenista" ("indigentista", diría Jorge Eliécer Ruiz), "terrágena", el "criollismo", o como se lo quiera llamar, es decir, lo más débil, lo más deleznable. El criollismo, dijo el maestro Sanín Cano, nos habría privado de veinticuatro entre las treinta y siete obras dramáticas atribuidas a Shakespeare.

De Arreola y de muchos otros se transcriben, casi invariablemente, fragmentos de sus textos menos valiosos. De hecho, entre paréntesis, el propio Arreola era un antologista poco feliz, como lo demuestra su antología *Lectura en voz alta*. En tanto, si hay que rescatar algo, sean acaso los textos menos conocidos de algunos autores argentinos como Mujica Láinez y Macedonio Fernández, el amigo de Borges. Pero el libro no se adentra en este terreno de enseñarnos curiosidades poco conocidas, y quizá por fortuna, a juzgar por el resultado.

Como de costumbre, no reprochamos la elección de textos, puesto que, como se defiende la autora